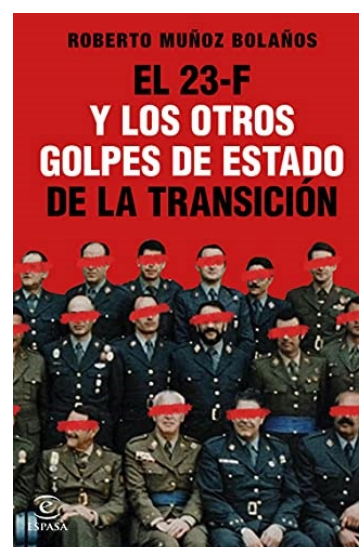


Roberto MUÑOZ BOLAÑOS: *El 23-F y los otros golpes de Estado de la transición*, Barcelona, Espasa, 2021, 656 pp., ISBN: 978-8467061314.

Juan Carlos Losada Malvárez

Desentrañando el golpismo en la transición

El 23-F ha sido uno de los hechos históricos más recientes de España sobre el que más tinta se ha vertido. Y, dada su naturaleza y sus altas implicaciones, también la fantasía y las manipulaciones políticas han entrado de lleno en el tema deformando la historia con la intención de poner en cuestión lo que algunos denominan el “régimen del 78”. Por este motivo es de agradecer la aparición de esta obra que pretende ser el texto definitivo sobre el golpe de estado y de todas las intentonas militares que se dieron previamente, y de las siguientes hasta 1986. Porque la obra no se limita a explicar con detalles las presiones e intervenciones de todo tipo desde la muerte de Franco hasta once años después. También hace un riguroso estudio de la naturaleza y el papel determinante que en esos convulsos años tuvieron el conjunto de las Fuerzas Armadas, los partidos políticos, sus principales dirigentes y, por supuesto el Rey. Y lo hace de un modo sumamente riguroso, muy bien documentado y, lo que es meritorio para un texto de más seiscientas páginas y complejo, de un modo ameno.



El texto de Bolaños comienza describiendo la situación de España en los últimos años de la vida de Franco. Una sociedad adormecida, apolítica en su mayoría y con una clase política gobernante carente de un modelo futuro definido ante la inminente muerte del dictador. Unos, partidarios de seguir con la ortodoxia del 18 de julio ajenos a los cambios de todo tipo experimentados por la sociedad española y europea; otros, dispuestos a una reforma que adaptase al régimen a las nuevas situaciones con más o menos profundidad democrática. Pero entre los ortodoxos más intransigentes estaban la casi totalidad de las Fuerzas Armadas que no estaban dispuestas, a priori, a renunciar a la victoria por la que su generación pagó un alto tributo de sangre. Recordemos que todos los generales, los jefes y buena parte de los oficiales eran excombatientes y el 18 de julio era “su victoria”. Sin este condicionante, pesado como una losa, es imposible entender la transición. Por supuesto también hay que recordar la debilidad de la oposición

democrática, que nunca pudo socavar de modo determinante al régimen dada su escaso poder de movilización. De ahí deriva la especificidad española, única en la historia europea, al ser un régimen dictatorial que acabó no por un derrocamiento, revuelta o muerte violenta del dictador, sino por su simple y progresiva disolución tras el fallecimiento de su dirigente en la cama del hospital. Aquel fin solo estuvo rodeado de miedo e indiferencia, incluso entre sus fieles. Porque la apolitización cuartelera que el franquismo sembró expreso en la sociedad, también le restó el apoyo activo de sus partidarios tras la muerte de su caudillo.

Tras el fin de Franco, excepto los militares y el conjunto de los excombatientes y los falangistas (“el bunker” o los “ultras” en la terminología de la época), la mayoría de los políticos franquistas y de las elites económicas eran partidarios de cambios que adaptasen el país a las nuevas circunstancias económicas y políticas de Europa, más o menos apoyados por una sociedad que no había vivido la guerra en su mayoría y que se había contagiado de las modas europeas. Su objetivo era controlar y pilotar unas reformas más o menos democráticas antes de que la oposición cobrase más fuerza en las calles y desbordase al poder imponiendo unos cambios más radicales. El tira y afloja entre gobiernos postfranquistas y oposición, culminó finalmente con pactos que llevaron a la llamada “ruptura pactada”, y que se plasmó el 15 de junio de 1977 en las primeras elecciones democráticas tras el franquismo. Pero, obviamente, la oposición militar fue feroz desde el primer momento, estimulada por el sanguinario terrorismo de ETA y por la crisis económica, fenómenos que los “ultras” relacionaban con el fin de la dictadura. De ahí, desde 1976 hasta 1986, surgieron los continuos intervencionismos y presiones militares, apoyados en mayor o menor medida por prohombres del franquismo, que trataron de impedir, o condicionar, la implantación de la democracia. Fueron de diverso tipo: presiones legislativas, artículos y declaraciones en la prensa más o menos agresivas, insultos en los funerales de las víctimas del terrorismo, amenazas y deslates a políticos y periodistas, persecución contra los pocos militares demócratas, arengas cuarteleras.... y por supuesto varios intentos de golpe de estado, más o menos virulentos, entre el que destaca por su trascendencia el del 23-F de 1981. Es una evidencia que todos los que vivimos aquellos años teníamos miedo a un golpe que muchas veces se veía como inminente e imparable. Nos sabíamos de memoria el nombre de todos los capitanes generales y de los otros altos mandos que podían truncar la transición, y leíamos con lupa todas sus declaraciones, observábamos con aprensión las maniobras militares, así como el ambiente de todos los cuarteles. Por supuesto, todos los dirigentes políticos democráticos compartían ese miedo, lo que les condicionó en mucho sus acciones legislativas.

Las cuatro primeras partes del libro se dedican a la descripción de toda esta situación y a la compleja trama de conspiraciones y presiones involucionistas, muchas veces cruzadas y entremezcladas, que se dieron antes del 23-F. En ellas, aparte de los militares y de excombatientes, participaron exministros franquistas, periodistas e

intelectuales nostálgicos y que veían en el terrorismo y en las reformas democráticas el fin de España. También, en este primer bloque, se abordan los papeles de Adolfo Suárez, Manuel Gutiérrez Mellado (el único alto mando comprometido con las reformas democráticas) y el rey Juan Carlos I. Los dos primeros, con sus distintos matices, estuvieron comprometidos con la transición por lo que sufrieron un terrible desgaste al enfrentarse constantemente, no ya con la oposición de izquierdas, sino con sus propios compañeros de partido por parte de Suárez, y con la casi totalidad de los militares Suárez y Gutiérrez Mellado. Quedaron totalmente quemados y aislados e, incluso, el mismo monarca contribuyó a su acoso y derribo. Sin duda, el papel del Rey es el más controvertido y sujeto a dudas y especulaciones. Ciertamente, y fuera de toda duda, cuando se produjo el golpe del 23-F, su firme actitud en defensa de la Constitución fue absolutamente determinante para que el conjunto de los militares no se sumase y fracasase el golpe de estado. Pero en esta primera fase, hasta la intentona protagonizada por el teniente coronel de la Guardia Civil Antonio Tejero, el monarca (con la complicidad de sectores políticos, incluso con otros minoritarios de la oposición de izquierdas) adoptó una actitud de equilibrio y moderación tratando de contentar y apaciguar a los sectores golpistas. Ello le llevó a no interferir o a apoyar, o dar la impresión de hacerlo con comentarios o silencios (“dejar hacer”) maniobras de dudosa constitucionalidad destinadas a formar un gobierno de coalición presidido por un militar que “recondujese” la cuestión de las autonomías y echase toda la carne en el asador (el ejército en las calles) en el tema del terrorismo. Y, por supuesto, apoyar el sacrificio de las figuras antes mencionadas de Suárez y Gutiérrez Mellado para contentar a los involucionistas que les odiaban profundamente por lo lejos que había ido en sus reformas. Como hemos dicho, todo ello era fruto del clima irrespirable de continuos ruidos de sables estimulados por los atentados terroristas, que amenazaban con una nueva dictadura. No es de extrañar que, en este ambiente, muchos políticos de todas las tendencias (incluyendo la izquierda) cayesen en la tentación de pensar que era preferible unos pasos atrás en la democracia para contentar al ejército, que no arriesgarse a un golpe que a muchos les parecía inevitable y que podía costar sangre y acabar definitivamente con la esperanza de implantar una plena democracia.

La quinta parte del libro está dedicada únicamente al golpe del 23-F, sin duda la jornada más famosa, más dada a las especulaciones y también novelada. Unas confusas horas que son narradas minuto a minuto por el autor, en donde se explica con detalle, y sin ahorrar anécdotas, la sucesión de acontecimientos y el papel desempeñado por los diferentes actores, desde cada uno de los principales militares más o menos implicados hasta políticos de todo el arco parlamentario. Obviamente al Rey no le quedó más remedio que mostrarse ahora rotundo en defender la Constitución, siendo sus órdenes decisivas para el fracaso del golpe. Se recogen importantes testimonios indirectos del soberano que realizó posteriormente a amigos, acerca de lo engañado que se sintió en los

meses previos y como sus palabras (o silencios) habían sido interpretados tendenciosamente por golpistas para frenar la transición democrática al dar a entender al conjunto del generalato que él estaba al tanto y que más o menos apoyaba las maniobras involucionistas. Sean cuales sean los motivos y las motivaciones, es evidente que si Juan Carlos I hubiese mirado para otro lado como hizo en su momento su abuelo, el golpe hubiese triunfado. Porque ni los partidos políticos ni sindicatos, ni ninguna organización civil tuvo capacidad para organizar ninguna protesta en las calles, que permanecieron desiertas toda aquella noche. Al día siguiente, con el golpe ya conjurado, el miedo al golpismo no desapareció. La clase política sabía que la mayor parte de las Fuerzas Armadas simpatizaban con los golpistas, por lo que se trató de “no provocar” a los militares, reduciendo al mínimo los procesados mientras los partidos no dejaban de halagar al ejército. Resulta tragicómica, y exponente de este clima, la llamada del PCE a sus militantes para que acudiesen al desfile del día de las Fuerzas Armadas que meses después se celebró, para aplaudirles y vitorearles con la intención de despertar sus simpatías. Craso error, porque los militares comprendieron el miedo que despertaban en los partidos políticos y, en consiguiente, el poder que ejercían sobre ellos, lo que aún les envalentonaba más.

La sexta parte se dedica a las posteriores intentonas golpistas que se dieron hasta 1986. Aunque tuvieron menor alcance y respaldo entre los militares por la clara actitud del Rey de firme apoyo a la democracia, no por ello dejaron de existir y con un tinte mucho más violento. En ellas se planteaba directamente la eliminación o anulación física de cientos de políticos, periodistas, y por supuesto del mismo monarca. Para los golpistas (ahora fundamentalmente corones y tenientes coroneles, aunque siempre en coordinación con algunos generales como el mismo Milans del Bosch que dirigía desde la prisión), Juan Carlos I era un traidor a sus juramentos a Franco y al 18 de julio y que, además, “les había dejado en la estacada” el 23 F. También eran traidores a sus ojos el conjunto de los generales que no se movieron o se echaron para atrás en dicha jornada, por lo que ese golpe también iba contra ellos, lo que fue importante para que la mayor parte de estos no les apoyasen. Así, la planificación del golpe del 27 de octubre de 1982 bajo la dirección del teniente general preso era extremadamente detallada y violenta y con el objetivo de apresar a cientos de líderes políticos y sindicales, periodistas y generales, de bloquear totalmente Madrid y tomar todos sus puntos neurálgicos. Pero fue desarticulada días antes por los servicios de inteligencia y se echó tierra encima para tratar de que pasase lo más inadvertida posible, para que el nuevo gobierno socialista pudiese dar la impresión de que la amenaza golpista estaba conjurada.

A partir de entonces los militares partidarios de la vuelta a franquismo fueron cada vez menos; la edad no perdonaba y fueron pasando al retiro o a su fin biológico. Además, comprobaron que España no se rompía y que, además, la democracia les había supuesto una clara mejora de sus condiciones salariales y profesionales que culminaría

con la entrada en la OTAN. Sin embargo, aún se dieron intentonas más o menos sonadas a cargo de los más recalcitrantes. La más importante de ellas (totalmente silenciada en su momento) fue el plan para acabar con la vida de la familia real con una bomba situada bajo la tarima presidencial con motivo del desfile del Día de la Fuerzas Armadas en La Coruña, en 1985, también desarticulada por los servicios secretos. El último episodio, más propio de un vodevil, se dio al año siguiente cuando un militar ultra reaccionario, antiguo gobernador civil de Baleares en el último año de vida de Franco y famoso por frases como “que se metan el Mercado Común donde les quepa”, viajó a Libia para entrevistarse con el coronel Gadafi y pedirle apoyo económico para sus delirios golpistas, arguyendo que el proyecto libio era similar al de la Falange de José Antonio Primo de Rivera.

Sin duda, el libro de Muñoz Bolaños es imprescindible para cualquier estudioso no ya del enjundioso problema militar en España, sino para la misma transición política, actualmente en debate, que es imposible de abordar sin estudiar el gran condicionante que fue la amenaza militar. Ciertamente se puede argüir que la España y la Europa de los años ochenta no se parecía en nada a la de 1936 y que no había “condiciones objetivas” ni apoyos económicos para que un golpe triunfara. Pero a los militares golpistas, totalmente fanatizados, no les importaban nada ni sabían lo que eran dichas condiciones, por lo que un golpe pudo haber triunfado fácilmente y, al menos por unos meses, truncar y hacer más sangrienta la transición democrática de nuestro país.